

JOSÉ IGNACIO VALENZUELA



Monna Carmena

*Y el enigma de la
Sagrada Familia*



edebé

Mona Carmena

*Y el enigma de la
Sagrada Familia*

© José Ignacio Valenzuela, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinadora de la Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
Ilustración de cubierta: Jordi Vila Delclòs

Primera edición, octubre 2022

ISBN: 978-84-683-5664-8
Depósito legal: B. 8381-2021
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Maná Carmena

*Y el enigma de la
Sagrada Familia*

JOSÉ IGNACIO VALENZUELA

edebé

f

K





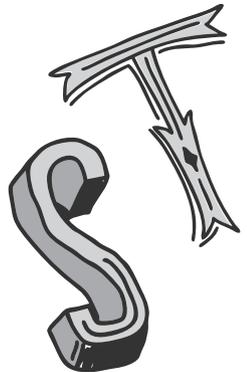
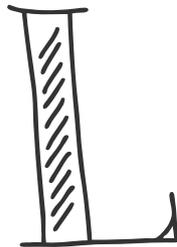
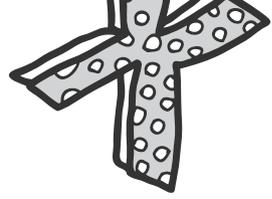
*A Leonora,
¡por fin!*



2

*«Nada resulta más engañoso que un
hecho evidente».*

SHERLOCK HOLMES



Capítulo

1

Barcelona, 1926

El hombre tenía una barba espesa que le cubría la piel de las mejillas y gran parte del cuello. Un grueso bigote le bailaba sobre el labio superior y ocultaba sus dientes cuando abría la boca para murmurar palabras que nadie alcanzaba a oír. El cabello, tan blanco como la barba y el bigote, le caía desordenadamente sobre la frente y lucía una casi inexistente raya que lo separaba en dos. Iba envuelto en un viejísimo y gastado abrigo negro, a pesar del calor del verano que ya comenzaba a sentirse en Sant Martí de Provençals.

Ninguna de las personas que circulaban por ahí se detuvo a mirarlo cuando apareció en el marco de la puerta. Su imponente figura era ya famosa en toda la zona. Algunos, los que lo reconocían, le llamaban genio, porque eso era: un artista sobresaliente que estaba cumpliendo su mayor

sueño. Llevaba 43 años trabajando día y noche en su proyecto más importante. Por fin podía decir con orgullo que la Fachada del Nacimiento estaba prácticamente lista, y la primera torre, dedicada a san Bernabé, había sido terminada hacía muy poco.

Pero aún quedaba mucho por hacer. Demasiado. A sus casi 74 años, el hombre sabía que su propia vida no sería suficiente para alcanzar a ver el final de su obra.

Sin embargo, eso no era lo que más le preocupaba. Como se trataba de un templo expiatorio, debía construirse con las donaciones y sacrificios de sus devotos, y las limosnas eran cada vez más reducidas. La crisis económica que el país atravesaba no ayudaba a financiar la obra. Pero el hombre sabía que, cuando no había dinero para seguir adelante, debía aprovechar ese tiempo para mejorar su proyecto y así perfeccionarlo hasta el más mínimo detalle.

Además, tenía una idea en mente. Una idea secreta que nadie nunca iba a ser capaz de descubrir y con la cual pretendía sellar para siempre el destino de su obra más importante.

«1, 14, 14, 4, 11, 7, 6...», fue repitiendo a media voz mientras avanzaba hacia la enorme avenida de tierra por donde circulaba un rebaño de cabras. «9, 8, 10, 10, 5, 13...», continuó recitando al compás de sus propios pasos. Pretendía pasar la siguiente hora entrevistándose con su confesor, mosén Agustí Mas i Folch, en la iglesia de San Felipe Neri, y luego regresaría a su estudio y dormitorio, instalado en el interior del mismísimo templo, para continuar afinando los detalles

de su misterioso plan. «2, 3 y 15...», concluyó. Y acto seguido comenzó de nuevo a susurrar los mismos números en idéntico orden.

Se detuvo unos instantes a contemplar con deleite el paisaje que rodeaba la ruidosa construcción. Enormes extensiones de campo dorado daban vida a la manzana más grande del nuevo Eixample, ubicada del lado de Barcelona por donde empieza el día. Eso siempre lo llenó de satisfacción. Le agradaba saber que lo primero que vería el sol tras vencer a la noche sería la enorme silueta de su templo, esperándolo todos los días en el mismo lugar para así darle la bienvenida. Era una lástima que aún quedara tanto por hacer. ¡Cómo conseguir derrotar a la muerte! ¡Cómo vivir para siempre!

No alcanzó a terminar de dar un paso, cuando un violento golpe, que lo sorprendió por un costado del cuerpo, lo lanzó de bruces al suelo. Sintió el gusto amargo de la sangre dentro de la boca y comprendió que algo grave acababa de ocurrirle. «1, 14, 14, 4...», masculló para que no se le olvidaran los números. No podían borrarse de su mente. Toda su obra dependía de ellos. Pero el paisaje comenzó a apagarse. Barcelona entera pareció oscurecerse, aunque aún faltaba mucho para que llegara la noche. Antes de cerrar los párpados, alcanzó a ver el cuerpo de un niño que corría hacia él, los ojos y la boca abiertos en un gesto de impresión.

—¡Un tranvía acaba de atropellar a un mendigo! —gritó el pequeño.

El hombre le hizo un débil gesto con la mano, pidiéndole que se acercara. Ya podía sentir la presencia de la muerte a su lado, dispuesta a llevárselo al más allá. Por eso debía apurarse. No había tiempo que perder.

—Necesito que..., que recuerdes estos números... —musitó apenas en la oreja del niño.

Y así, justo antes de perder el conocimiento, Antoni Gaudí se vio obligado a compartir su plan con otro ser humano.

9

8

4